

HAY QUE CAMBIAR DE SISTEMA

NAOMI KLEIN

Montreal, Canadá

«Que me invitaran al Vaticano fue una total sorpresa para mí. Dados los ataques que vienen del Partido Republicano en torno al tema del cambio climático y dados los intereses que hay tras el negocio de los combustibles fósiles en EEUU, fue una decisión particularmente valiente el invitarme», comentó la escritora canadiense Naomi Klein a los periodistas presentes en el evento celebrado en el Vaticano para comentar la encíclica *Laudato Si'* del Papa Francisco. Resumimos sus palabras en esa ocasión.

Quiero expresar mi más sincero agradecimiento al Consejo Pontificio para la Justicia y la Paz y a CIDSE por recibirnos aquí y por haber convocado esta reunión de la que tanto espero. Es también para mí un honor estar aquí para apoyar y celebrar la publicación de esta histórica encíclica papal.

Esta encíclica también me habla a mí

Al comienzo de la *Laudato Si'* el Papa Francisco dice que no dirige este texto sólo al mundo católico, sino a *cada persona que habita este planeta*. Quiero decirles que, desde luego, a mí, una judía laica y feminista, que quedó tan sorprendida cuando la invitaron al Vaticano, también me habla este texto.

«No somos Dios» declara la encíclica. Todos los seres humanos lo hemos sabido en algún momento. Pero desde hace unos 400 años los vertiginosos avances científicos hicieron creer a algunos que ya estábamos a punto de saber todo lo que había que saber sobre la Tierra y que eso nos convertiría en *amos y señores de la Naturaleza*, recordando aquella memorable frase de René Descartes. Que llegáramos a serlo, decían, era lo que Dios siempre había querido.

Esta idea se mantuvo durante mucho tiempo. Hasta que avances posteriores de la Ciencia nos enseñaron algo muy diferente. Mientras quemábamos cantidades cada vez mayores de combustibles fósiles, convencidos de que con nuestros buques cargados de mercancías y nuestros jets supersónicos atravesábamos el mundo como si fuéramos dioses, los gases de efecto invernadero se acumulaban en la atmósfera

atrapando cada vez mayor cantidad de calor. Ahora ya nos enfrentamos a la realidad: no somos ni amos ni señores, y estamos desatando fuerzas naturales mucho más poderosas que nosotros y que nuestras más ingeniosas máquinas. Todavía tenemos tiempo de salvarnos, pero sólo si abandonamos el mito de la dominación y el señorío y aprendemos a trabajar con la Naturaleza, respetando y aprovechando su intrínseca capacidad de renovación y regeneración.

Hay quienes ven en esa interconexión un humillante menoscabo de su categoría. Esa idea les resulta insoportable y, apoyados activamente por actores políticos financiados por empresarios de los combustibles fósiles, optan por negar la Ciencia.

A pesar de todo, eso ya está cambiando a medida que cambia el clima y es probable que cambiará más con la publicación de esta encíclica, que podría poner en graves problemas a los políticos estadounidenses que se escudan en la Biblia para oponerse a las acciones contra el cambio climático.

Hemos llegado a un momento muy peligroso

Pasé las últimas dos semanas leyendo cientos de reacciones a la encíclica. Y aunque la respuesta ha sido en general abrumadoramente positiva, he observado un argumento común en muchas de las críticas: el Papa Francisco -dicen- puede estar en lo cierto en los temas científicos que plantea, incluso en los temas morales, pero debe dejar los temas económicos y políticos a los expertos, que son quienes entienden cómo los mercados pueden resolver con eficacia cualquier problema.

Estoy en total desacuerdo. La verdad es otra: hemos llegado a un momento tan peligroso en parte porque muchos de esos expertos económicos nos han fallado empleando sus poderosas habilidades tecnológicas sin sabiduría. Diseñaron modelos que dan un escandalosamente escaso valor a la vida humana, sobre todo a la vida de los pobres, y dan un enorme valor a la protección de los beneficios empresariales y al crecimiento económico conseguido a cualquier costo. Con ese deformado sistema de valores hemos terminado con mercados de carbono ineficaces, en

lugar de establecer sustanciales impuestos al carbono y aumentar las regalías a quienes extraen combustibles fósiles. Y así hemos llegado al objetivo de reducir en tan sólo 2 grados la temperatura global, a pesar de que con esa reducción podrían desaparecer naciones enteras.

En un mundo donde el beneficio económico se pone siempre por encima de la gente y del planeta, la economía climática tiene absolutamente todo que ver con la ética y la moral. Si estamos de acuerdo en que poner en peligro la vida en la Tierra representa una crisis moral, entonces esto nos exige actuar.

Hora de actuar

Y actuar no significa dejar el futuro al azar o a los ciclos de auge y caída del mercado. Actuar significa establecer políticas dirigidas a *regular la cantidad de carbono que se puede extraer de la Tierra*. Significa políticas que nos conduzcan a *emplear un cien por ciento de energías renovables en las próximas dos o tres décadas*, o a más tardar a mediados de este siglo, no hasta finales del siglo. Significa *compartir el uso de los bienes comunes*, como lo es la atmósfera, sobre la base de la justicia y la equidad y no sobre la base de que quien gana se lo lleva todo. Tampoco sobre la idea de Ottmar Edenhofer, profesor de economía del cambio climático, cuando afirma que «el poder hace el derecho».

Lograr a la vez clima estable y economía justa

Está surgiendo aceleradamente un nuevo tipo de movimiento climático que tiene en cuenta esta situación. Se basa en la verdad más valientemente expresada en la encíclica: *el actual sistema económico alimenta la crisis climática y, a la vez, trabaja activamente para impedir que tomemos las medidas necesarias para evitarla*.

El actual movimiento climático se basa en la convicción de que para evitar que el cambio climático se haga incontrolable *necesitamos un cambio de sistema*. Y porque el actual sistema está alimentando también una desigualdad cada vez mayor, ante este desafío crucial tenemos la posibilidad de resolver a la vez las múltiples crisis superpuestas. Un clima más estable y una economía justa lo podemos lograr al mismo tiempo.

La conciencia de esta oportunidad está creciendo. Por eso estamos viendo algunas alianzas sorpren-

denes, antes impensables, como por ejemplo que yo esté en el Vaticano y que también se reúnan aquí sindicatos, organizaciones indígenas, comunidades de fe, grupos ecologistas y científicos trabajando más estrechamente que nunca antes. En estas coaliciones no estamos de acuerdo en todo ni mucho menos. Pero todos entendemos que los retos son tan grandes, el tiempo tan corto y la tarea tan inmensa, que no podemos darnos el lujo de que las diferencias nos dividan.

Difícil pero no imposible

No debemos abandonar la idea de que aún hay tiempo para apartarnos de la peligrosa ruta en la que vamos, la que nos está conduciendo no a 2 grados más de calentamiento, sino a 4. De hecho, podríamos lograr mantener el calentamiento por debajo de 1'5 grados si ésa fuera nuestra prioridad colectiva.

Sin duda sería difícil, como fue el racionamiento y la reconversión industrial que hubo que hacer en tiempos de guerra. Sería una meta tan ambiciosa como lo fueron los programas de obras públicas y contra la pobreza que se pusieron en marcha cuando la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial.

Pero difícil no es lo mismo que imposible. Sería una claudicación cobarde rendirse ante un reto que salvaría muchas vidas y evitaría tantos sufrimientos simplemente porque es difícil y costoso y porque requiere sacrificios de quienes tenemos tanto, que podemos sobrevivir con menos. No existe en el mundo ningún costo-beneficio capaz de justificar semejante cobardía.

Poesía pero con coraje

La encíclica me sorprendió por su coraje y también por su poesía. El texto es una maravillosa combinación del lenguaje del sentido común y del lenguaje poético, en un texto conmovedor que le habla al corazón... La Santa Sede no se está dejando intimidar, sabiendo como sabe que decir verdades poderosas provoca a enemigos poderosos. Vivimos en un tiempo en el que falta coraje político. Estamos acostumbrados a ver a los políticos dar marcha atrás a la primera señal de controversia. Por eso, tanto el decir verdades controvertidas como no retractarse cuando las cuestionan poderosos intereses creados es algo muy novedoso en el escenario político y muy necesario en la realidad que estamos viviendo.